

## MENAJE DE SAN CRISTÓBAL A CHETUMAL

Ileanita estaba en el último mes de su embarazo, el cual, según el médico, sería a mediados de enero de 1996. Lo comentamos porque como mi mamá ya estaba definitivamente viviendo con nosotros, aquí en Chetumal, pues ya se había vendido la casa de allá, teníamos un tiempo de gracia para hacer el menaje a nuestra actual domicilio en la capital de Quintana Roo y poder entregar el inmueble a los nuevos propietarios.

---Estamos a tiempo para ir a Sancri por las cosas ---dije---. Es veinticinco y apenas tenemos oportunidad de hacerlo.

Lo---¿Por qué no viajamos mañana temprano, recogemos todo y venimos de regreso antes del 31---propuso Chanita.

---¿No es muy apresurado?---preguntó mi mamá.

---Sí, pero no tenemos otra opción, el tiempo es nuestro enemigo --- aclaré.

---¿Quiénes iríamos, además de nosotros dos? ---quiso saber mi esposa.

---¿Iríamos?

---Solo no vas. Eres muy desesperado. Además yo conozco mejor que tú las cosas de mamá Atalita.

No le dimos más vueltas al tema y el seleccionado fue Lencho, mi yerno, quien a su vez, nos propuso llevar a su hermanito Daniel.

A las seis de la mañana salimos para San Cristóbal. Chanita preparó tortas de pollo para no atrasarnos con las comidas, y por ese detalle pudimos llegar a las cuatro de la tarde a una fría coletolandia (San Cristóbal). Aproveché llamar a Jorge, nuestro hijo, a quien le pedí apoyo, pues necesitábamos conseguir un trailer para transportar el menaje. Me dijo que tenía un amigo de fiar, allá en Tuxtla, que era dueño de un trailer y lo manejaba, el cual podría darnos el servicio de flete. Jorge nos proporcionaría un camión torton, con dos cargadores que estarían las cosas en el camión, y llevarlas al tráiler aparcado en el estacionamiento, y así ponerle la carga, en dos viajes.

Me ofreció mandarme los dos vehículos el día 29 en la mañana.

Cenamos las ansiadas chalupas del Negro Luis, detalle que se repitió en las cenas de esos días, para beneplácito de todos. Al otro día, luego del desayuno, salí a comprar cajas de cartón y periódicos para embalar todo lo frágil como loza y lámparas.

Llegando con mis chivas Chanita me gritó:

---¡Ya fue, ya fue!

---¿Qué tanto te alborota?

---Ileanita acaba de aliviarse y es una niña preciosa.

---¿Cómo lo sabes que es preciosa?

---Mamá Atalita me lo acaba de decir; que la nena se parece a mí. Están acelerados de gusto.

---Yo, más. ¿No, que el parto iba ser en la primera quincena del año nuevo?

---Pues ya ves. En embarazos todo puede pasar.

Todos nos abrazamos y comenzamos a empacar. El 28 bajamos lámparas y focos y comenzamos a acercar los muebles a la sala y patio techado. En la noche tomamos un merecido descanso amenizado con chalupas y panes compuestos.

El 29 llegó el camión torton de plataforma a las doce, el chofer y dos ayudantes y empezamos a cargar la primera tanda.

---¿Y cómo vamos a salir? Las calles son muy angostas y tránsito nos va a parar --elucubré--. Lencho, tú que has manejado camiones grandes, plis ve con Danny a ubicar la ruta que nos permita entrar y salir con nuestro monstruo. Terminando de acomodar la carga apareció un policía.

---Este tipo de camiones no puede entrar a la ciudad --- dijo.

----Si pudo --- contesté riendo --- tenemos permiso.

---Pues ahorita regreso, voy a ir a buscar ayuda---amenazó.

---Que bueno, así dirigirán mejor nuestras idas y venidas.

El hombre, muy molesto se fue haciendo una caravana cantinflasca.

Como si estuvieran coordinados, apareció mi querido amigo Paco Flores Estrada.

---¿Y ahora qué están haciendo, Arturo? ---preguntó

Le contesté platicándole de nuestro problema de traslado por la ciudad.

Nos aseguró que no iba a haber ningún problema, porque providencialmente todos los policías estaban en una gran ceremonia y que si algo pasara, lo llamáramos para arreglarlo. Más tranquilos luego de despedirnos, nos lanzamos en caravana dirigiéndolos con el Datsun, y no hubo problema. Hicimos los dos viajes con un receso para comer, invitando a todos a degustar un mole riquísimo que hizo Juanita, la muchacha, siguiendo una receta de mi mami. A las once de la noche fuimos al estacionamiento y Lencho se avocó a apoyar a los chavos con la cargada y acomodada de las cosas.

Chanita, Daniel y yo, nos quedamos en el coche, cubriéndonos con una cobija San Marcos que separé. Antes de las dos de la madrugada, con un clima de no más de cinco grados centígrados, terminaron y me bajé a darles un dinerito, con nuestro agradecimiento. No querían aceptarlo, porque el ingeniero Jorge, ya les había adelantado su paga, dijeron, pero Chanita les insistió y aceptaron gustosos.

---Creo que si no me llevan a Tuxtla a descongelarme de este frío, me voy a quedar ídem ---dijo Lencho al subir al coche y todos reímos. Enfilamos hacia la capital tuxtleca y antes de las cuatro, estábamos tocando en la casa de Jorgito. Nos invitó a cenar un riquísimo pollo a la leña y como las boas, terminando de comer nos fuimos a dormir.

A las once de la mañana nos paramos a desayunar, luego de que llegó Jorge de la oficina. Al rato, ya refaccionados, nos despedimos, con la recomendación de que preguntáramos a la Policía Federal de Caminos, si había algún retén o impedimento. Estaba todo tranquilo, pero nos recomendaron no llevar visible joyería, cámaras, relojes, etcétera, que pudieran provocar tentación. Agradecemos el tip y nos dirigimos a la casa en Sancris para despedirnos de Juanita, quien hizo bien su tarea, dejando todo limpio. Le di su liquidación y tras despedirnos le eché

una mirada melancólica a lo que fuera nuestro hogar por casi veinte años. Entregué a la nueva dueña las llaves y pasé a cargar combustible en la gasolinera Aguilar y tomamos rumbo a nuestra nueva casa.

En Palenque, en el restaurante central, cenamos.

Repostamos más combustible, por cualquier cosa y seguimos hasta que en el tramo más largo a Escárcega, nos alcanzó Jorgito y yo me pasé a su coche para manejar un rato y platicar. Su plan era cortar camino de Escárcega a Valladolid para enfilarse a El Ideal y Holbox. No sabía donde estaba su tropa e iba a investigar primero allá y si no, pues se lanzaría a la isla de Holbox.

---¿Y se puede por ahí?

---No lo sé, pero si puedo, me ahorro distancia y gas. Salí a las seis de Tuxtla.

Y---¡Ah, bárbaro, vienes volando,

---Ustedes vienen muy despacio.

---A no menos de 110 kilómetros por hora y salimos a las tres, sólo tres horas antes y 86 kilómetros menos ---se dibujó una sonrisa en su rostro. En Escárcega nos dimos el abrazo del año y cada quien agarró su rumbo.

Antes de las siete entramos a Chetumal con ganas de ir a dormir, para poder estar listos, en la espera del año nuevo de 1998.